

dos los admirables discursos, todos los dichos famosos de los héroes de la antigüedad, son los modelos de las grandes propiedades del estilo: y el talento se esfuerza á recoger ó imitar aquellas espresiones inspiradas por el ingenio ó virtud. El laconismo de los Espartanos, los dichos enérgicos de Focion, reunian lo mismo, y mejor con frecuencia que los mas elevados discursos, los atributos necesarios al influjo del language; este modo de espresarse obraba sobre la imaginacion del pueblo, caracterizaba los motivos de las acciones gubernativas y daba á conocer con fuerza las ideas de los magistrados.

Estos son los principales socorros que la autoridad política puede sacar del arte de hablar á los hombres; y estos los beneficios, asegurados al orden, moral y espíritu público, por el estilo mesurado, solemne, y á veces cordial de los hombres que están destinados á gobernar el estado. Pero esto no es todavía mas que una parte del dominio del language; y los limites de la carrera que recorreremos, van á dilatarse á lo léjos en presen-

cia nuestra; vamos á ver elevarse este dominio á un mucho mayor grado, si le consideramos cuando él defiende la libertad, protege la inocencia, y lucha contra la opresion; si le examinamos, en una palabra, bajo el aspecto de la elocuencia.

---

## CAPITULO VIII.

---

### *De la Elocuencia.*

DECIDIENDO la voluntad de las naciones, en los estados libres, sobre su destino político, solicitan y adquieren los hombres hasta un supremo grado los medios de influir en esta voluntad; y el primero de todos es la elocuencia. Toman incremento los esfuerzos siempre con proporcion á la recompensa; y cuando la naturaleza del gobierno promete el poder y gloria al hombre de ingenio, no

tardan en presentarse vencedores dignos de ganar semejante premio. La emulación desencierra talentos que hubieran quedado desconocidos en aquellos estados, en que no pudiera ofrecerse á un alma noble ningun fin que fuera digno de ella.

Examinemos sin embargo porqué, desde los primeros años de la revolucion, la elocuencia se altera y deteriora en Francia, en vez de seguir los progresos naturales en las asambleas deliberativas; examinemos como ella podria restaurarse y perfeccionarse; y finalicemos con un bosquejo general sobre la utilidad que la misma trae á los adelantamientos del ingenio humano y á la conservacion de la libertad.

La fuerza en los discursos no puede separarse de la medida. Si hay licencia para todo, ninguna cosa puede producir un grande efecto. El atender á las conveniencias morales, es respetar los talentos, servicios y virtudes; es honrar en cada hombre los derechos que su vida le da á la estima pública. Si con una rústica y zelosa igualdad

confundimos lo que la desigualdad natural distingue, se parece nuestro estado social á la refriega de una batalla en la que no se oyen ya mas que clamores de guerra ó furor. ¿Qué medios le quedan á la elocuencia entónces para hacer eco en los espíritus con pensamientos ó espresiones felices, con el contraste del vicio y virtud, con el elogio ó vituperio distribuidos justamente? En aquél caos de afectos é ideas que existió por espacio de algun tiempo en Francia, ningun orador podia lisongear con su estimacion, ni ajar con su menosprecio; ningun hombre podia honrarse ni envilecerse.

¿Como caer, ni elevarse en semejante orden de cosas? A qué fin acusar ó defender? en donde está el tribunal que puede absolver ó condenar? Qué hay de imposible, ni de cierto? Si uno es osado, á quien asombrará? Si calla, quien lo notará? En donde está la magestad, si ninguna cosa se halla en su lugar? Qué dificultades hay que superar, cuando no existe barrera ninguna? pero por lo mismo qué monumentos pueden fundarse;

cuando se carece de basa? Pueden recorrerse bajo todos los aspectos el ultrage y alabanza, sin dar origen al aborrecimiento ni entusiasmo. No se sabe ya lo que debe fijar el aprecio de los hombres; las calumnias prescriptas por el espíritu de partido, y los elogios inspirados por el terror, lo han puesto en duda todo, y la errante palabra hiere los aires sin fin ni efecto.

Cuando Ciceron quiso defender á Murena contra la autoridad de Caton, fué elocuente, á causa de que supo á un mismo tiempo honrar é impugnar la reputacion de un hombre tal como Caton. Pero en nuestras asambleas, en que se daba abrigo á todas las invectivas contra toda especie de ídoles, ¿quien hubiera cogido la delicada modificacion de las espresiones de Ciceron? ¿A quien le hubiera ocurrido en el ánimo el imponerse una inútil sujecion, supuesto que ninguno alcanzaba su motivo, ni recibia su impresion? Gritando una voz estentórea en la tribuna: *Caton es un contra-revolucionario, un asalariado de nuestros enemigos, y*

*pido que la muerte de este gran culpable satisfaga finalmente la justicia nacional, haria olvidar la elocuencia de Ciceron.*

En un pais en que se anonada todo el predominio de las ideas morales, únicamente el temor de la muerte puede conmovier las almas. La palabra conserva todavía la virtud de un arma mortifera, pero no tiene ya fuerza ninguna intelectual. Nos desviamos de ella, la tememos como un peligro, pero no como un insulto; no alcanza ella ya á la fama de ninguno. Esta infinidad de escritores calumniadores embota hasta el resentimiento que ellos infunden; y quitan sucesivamente á todas las voces de que se sirven su fuerza natural. Un alma delicada experimenta una especie de repugnancia á la lengua cuyas espresiones se hallan en los escritos de semejantes hombres. El desprecio de las conveniencias priva á la elocuencia de cuantos efectos dependen de la sabiduria del espíritu y del conocimiento de los hombres; y el racionio no puede tener dominacion ninguna en un pais en que se desprecia hasta

la apariencia misma del respeto á la verdad.

En muchas épocas de nuestra revolucion, únicamente los sofismas mas irritantes llenaban ciertos discursos; y las frases de partido, que los oradores repetian á porfía, fatigaban los oidos y abatian los corazones. No hay variedad mas que en la naturaleza; y los afectos reales inspiran solos nuevas ideas. ¿Qué impresion podian hacer aquella violencia monotona, aquellos términos tan fuertes que dejaban tan fria el alma? *Es tiempo ya de revelaros la verdad toda entera. La nacion estaba sepultada en un sueño peor que la muerte: pero la representacion nacional estaba allí. El pueblo está en pie, etc.* O en otro sentido: *Pasó ya el tiempo de las abstracciones; el orden social está afirmado sobre sus basas, etc.* Me detengo; porque esta imitacion seria tan cansada como la realidad misma; pero podrian extractarse de los oficios, diarios y discursos, numerosas páginas, en las que se veria caminar la palabra sin el pensamiento, sin los afectos ni verdad, como

una letanía, como si se exorcizaran con acor-dadas frases la elocuencia y razon.

¿Qué talento podia elevarse en medio de tantas palabras absurdas, insignificativas, ponderativas ó falsas, hinchadas ó ordinarias? ¿Como llegar al alma, endurecida contra las palabras con tantas espresiones falaces? ¿Como convencer la razon fatigada con el error, y hecha suspicaz con los sofismas? Ligados entre sí los individuos de los mismos partidos con intereses de una solidaria importancia, se habituáron en Francia á no mirar los discursos mas que como la contraseña que debe reunir á soldados que están á un mismo servicio.

El espíritu se hubiera torcido ménos, y no estaria perdida la elocuencia, si en las deliberaciones, al modo de la guerra, se hubieran limitado á mandar con la simple señal de la voluntad. Pero recurriendo la fuerza en Francia al terror, quiso sin embargo agregarle todavía una especie de argumentacion; y uniéndose la vanidad intelectual con la vehemencia genial, se apre-

suraron á justificar con discursos las doctrinas mas absurdas y las acciones mas injustas. ¿ A quien iban destinados semejantes discursos? no á las víctimas; porque era cosa dificultosa el convencerlas de la utilidad de su desdicha; ni á los tiranos, los cuales no se decidían por ninguno de los argumentos á que ellos mismos recurrían, ni á la posteridad, cuyo juicio inflexible es el de la naturaleza de las cosas. Pero se quería valerse del fanatismo político, y mezclar en algunas cabezas lo que ciertos principios tienen de verdadero, con las consecuencias inievas y feroces que las pasiones sabían deducir de ellos, creando así una tiranía habladora mortalmente adversa para el imperio de las luces.

El sonido puro de la verdad que hace experimentar al alma un afecto tan dulce y exaltado, aquellas espresiones justas y nobles de su corazón contento de sí mismo, de un espíritu de buena fe, de un genio sin tacha; todo ello no se sabía á qué hombres ú opiniones dirigirlo, ni bajo qué bóveda hacerlo oír; y la nobleza natural de la fran-

queza inclinaba mucho mas bien al silencio que á inútiles esfuerzos.

La primera entre todas las verdades, la moral, es tambien la fuente mas fecunda de la elocuencia; pero cuando una filosofia licenciosa se recrea en abatirlo todo para confundirlo todo, ¿ qué virtud puede nuestra voz honrar todavía? ¿ Qué harémos resplandeciente en semejantes tinieblas? qué harémos salir de este polvo? como infundirémos entusiasmo á los hombres que no temen ni esperan nada de la fama, y no reconocen ya entre sí los mismos principios por jueces de las mismas acciones?

La moral es inagotable en afectos, en ideas felices para el hombre de ingenio que sabe penetrarse de ellas; con cuyo apoyo se reconoce fuerte, y se abandona sin temor á su inspiracion. Lo que los antiguos llamaban el espíritu divino, era indubitavelmente la conciencia de la virtud en el alma del justo, el poder de la verdad reunido con la elocuencia del talento. Pero, en nuestros dias, ¡ tantos hombres temían entregarse á la mo-

ral, por miedo de hallarla acusadora de su vida! tantos hombres no daban entrada á idea ninguna general ántes de haberla comparado con sus acciones é intereses particulares! Otros sin zozobras sobre sí mismos, pero no queriendo ofender los recuerdos de algunos oyentes suyos, no se atrevían á mentar la justicia y equidad con entusiasmo; trataban de presentar la moral con circuitos, de darle la forma de la utilidad pública, de encubrir los principios, de transigir de una vez con la soberbia y remordimientos que se advierten recíprocamente de sus irribles intereses.

El crimen podía turbar el juicio, y desconcertar la razon á puro vehemencia; pero la virtud no osaba desplegarse toda entera; queria ella convencer, y temia ofender. No puede ser elocuente uno, desde que le es preciso abstenerse de la verdad.

Los impedimentos puestos por respetables conveniencias favorecen como lo he dicho, los triunfos mismos de la elocuencia; pero cuando, por condescendencia con la injusticia ó

egoismo, estamos obligados á reprimir los impulsos de un alma elevada; cuando es menester evitar no solamente los hechos y su aplicacion, sino tambien hasta las consideraciones generales que pudieran presentar al pensamiento todo el conjunto de las ideas verdaderas, toda la energía de los afectos honrados, ningun hombre atado á semejantes sujeciones puede ser elocuente; y el orador todavia estimable, que debe hablar en semejantes circunstancias, elegirá naturalmente las frases usadas, aquellas en que se ha hecho ya la esperiencia de las pasiones, aquellas que, reconocidas por inofensivas, pasan por medio de todos los furores sin excitarlos.

Las facciones favorecen el progreso de la elocuencia, miéntras que los facciosos necesitan de la opinion de los hombres imparciales, miéntras que ellos disputan entre sí sobre el voluntario asenso de la nacion; pero cuando las conmociones políticas han llegado á aquel término en que únicamente la fuerza decide entre los partidos, lo que ellos

le agregan de medios de palabra, de recursos, de discusion, pierde la elecuencia, y degrada el talento en vez de darle progreso.

El hablar segun el espíritu de la autoridad injusta, es imponerse la mas individualizada servidumbre. Es necesario sostener cada uno de los absurdo de que está formada la larga cadena que conduce á la resolucion culpable; y las prendas morales permanecerian, si es posible, mas intactas todavía despues de unas acciones vituperables que la ira hubiera sugerido, que despues de aquellos discursos en que se destilan gota á gota la bajeza ó crueldad con una especie de arte que uno se esfuerza á hacer ingenioso.

¡Qué oprobrio sin embargo el manifestar talentos en apoyo de los actos de vigor ó servidumbre! ¡Qué oprobrio el tener amor propio todavía, cuando se carece ya de nobleza! el pensar en sus triunfos, cuando se sacrifica la felicidad de los otros! el poner finalmente al servicio de la injusta autoridad aquella especie de talento sin conciencia, que presta á los hombres poderosos las

ideas y espresiones como unos satélites de la fuerza, encargados de abrir el paso por delante de la potestad!

Ninguno dudará de que la elocuencia se haya desfigurado totalmente en Francia de muchos años á acá; pero infinitos hombres afirmarán que es imposible restaurarla y perfeccionarla; y otros sostendrán que el talento oratorio es perjudicial al sosiego y aun á la libertad de un pais. Son dos errores que tengo por útil refutar.

¿Con qué esperanza desearéis, podrá decirseme, que se dejen oír hombres elocuentes? La elocuencia no puede formarse mas que de ideas morales y virtuosos afectos: y ¿en qué corazones resonarian palabras generosas ahora? Si existieran en nuestros dias Ciceron, Demóstenes, los mayores oradores de la antigüedad ¿podrian acaso agitar la imperturbable serenidad del vicio? harian bajar aquellas miradas que la presencia de un hombre de bien no turba ya? Decid á esos tranquilos poseedores de los gozos de la vida que sus intereses están amenazados,

é inquietaréis su impasible ánimo ; pero ¿ qué les participaría la elocuencia ? Invocaría contra ellos el menosprecio de la virtud : ah ! ¿ no saben , mucho tiempo hace ; que cada uno de sus dias está cubierto de él ? ¿ Os dirigiréis á los hombres ansiosos de adquirir fortuna , nuevos como ellos son tanto en los hábitos como en las satisfacciones que ella permite ? Si les infundis nobles designios por un instante , les faltaría el valor para cumplirlos. ¿ No tienen que avergonzarse de su miserable vida ? Carece de fuerzas , aquel hombre al que es posible reconvenir de bajezas ; ¿ no teme todas las voces que pueden acusarle ? ¿ No teme la justicia , la libertad , la moral , cuanto da á la opinion su fuerza y á la verdad su lugar ? Quereis á lo ménos hacer oír algunas palabras de benevolencia á los genios rencorosos ; os desecharán igualmente. Si hablais en nombre de la potestad , os escucharán con respeto , cualquiera que sea vuestro language ; pero si reclamais por el débil , si vuestra naturaleza generosa os hace preferir la causa abandonada por el

favor y acogida por la humanidad , no excitaréis mas que el resentimiento de la faccion dominante. Vivis en un tiempo en que uno está indignado contra la desgracia , irritado contra el oprimido , en que la cólera se inflama al aspecto del vencido , en que nos enternecemos ó exaltamos para la autoidad , desde que entramos al repartimiento con ella.

¿ Qué hará la elocuencia en medio de semejantes ideas , la elocuencia que necesita , para ser afectuosa y sublime de un peligro que arrostrar , de una desgracia que patrocinar , y de la gloria en premio del valor ? Apelará ella á la nacion ? Triste de mí ! ¿ no oyó esta desgraciada nacion proferir con profusion los nombres de todas las virtudes para defender todos los delitos ? ¿ Podrá reconocer ella todavía el acento de la verdad ? Los mejores ciudadanos reposan en la tumba ; y la multitud que queda , no vive ya para el entusiasmo , para la gloria ni moral ; sino para el reposo que turbarian igualmente los furores del crimen y los generosos vuelos de la virtud.



Estas objeciones podrian desanimar mi esperanza por algun tiempo; me parece sin embargo imposible que cuanto es bueno en sí no adquiera al cabo un grande ascendiente; y creo siempre que es preciso acusar á los oradores ó escritores, cuando unos discursos pronunciados en medio de un sinnúmero de hombres, ó unos libros que tienen por juez al público, no hacen impresion ninguna.

Sin duda cuando nos dirigimos á algunos individuos reunidos por el vínculo de un interes comun, ó de un temor comun; ningun talento puede obrar sobre ellos; han agotado, mucho tiempo hace, en sus corazones la fuente natural que puede salir de la peña misma á la voz de un divino profeta; pero cuando estamos cercados de una turba que contiene todos los elementos diversos, los hombres imparciales, los hombres sensibles, los hombres débiles que se aquietan al lado de los hombres fuertes, si hablamos á la naturaleza humana, nos responderá ella; si sabemos comunicar aquella conmocion eléctrica cuyo principio se contiene

tambien en el ser moral, no temamos ya la serenidad del indolente, la mofa del pérfido, el cálculo del egoista, ni el amor propio del envidioso: cuya turba toda es nuestra. ¿Se le ocultan las perfecciones del arte trágico, los divinos sonidos de una música celestial, y el entusiasmo de los cantos marciales? porqué pues se negaría ella á la elocuencia? El alma necesita de exaltacion; apoderémonos de esta propension, inflamemos este deseo, y nos arrastraremos la opinion.

Cuando se traen á la memoria los rostros frios y compuestos que se encuentran en el mundo, se tiene por imposible, confiésole, el conmovier los corazones; pero los mas de los hombres conocidos están empeñados con sus acciones pasadas, con sus intereses, con sus relaciones políticas. Tiéndase la vista sobre una numerosa multitud ¿cuantas veces no nos sucede encontrar facciones cuya expresion amistosa, cuya dulzura, cuya bondad pronostican un alma todavia ignorada, que oiria la nuestra, y cederia á nuestros afectos? Olvidemos lo que sabemos, lo que tememos

de tales ó cuales hombres; entreguémonos á nuestros pensamientos, á nuestras concusiones; boguemos á toda vela, y llegaremos á pesar de todos los escollos y peligros; arrastraremos con nosotros los afectos libres todos, los espíritus todos que no han recibido el sello de ningun yugo, ni el premio de la servidumbre.

Pero ¿por qué medios podemos lisongearnos de perfeccionar la elocuencia, si es verdad que sea posible todavía esperar algunos triunfos por ella? Perteneciendo la elocuencia mas á los afectos que á las ideas, parece ménos capaz de indefinidos progresos que la filosofía. Sin embargo como los nuevos pensamientos desencierran nuevos afectos, los progresos de la filosofía deben suministrar nuevos medios á la elocuencia.

Las ideas intermedias pueden trazarse de un modo mas rápido, cuando está generalmente conocido el enlace de un grandísimo número de verdades; el intervalo de los pasages de moción puede llenarse con racionios fuertes, el espíritu puede sostenerse

constantemente en la region de los pensamientos elevados; y puede interesar uno con reflexiones morales, comprendidas universalmente, sin haberse hecho comunes. Lo que es sublime en algunos discursos antiguos, son los dichos que no pueden perverse ni olvidarse, y que dejan vestigios en los siglos, como admirables acciones. Pero si el método y la precision del racionio, el estilo, las ideas accesorias son capaces de perfeccion, los discursos de los modernos pueden adquirir, por su conjunto, una grande superioridad sobre los modelos de la antigüedad; y lo que pertenece á la imaginacion misma produciria necesariamente mas efecto, si ninguna cosa debilitara este efecto, si todo, por el contrario, contribuyera á aumentarle.

En lo que caracteriza la elocuencia, el impulso que la inspira, el ingenio que la despliega, es necesaria una suma independencia, á lo ménos momentánea, de cuanto nos rodea; es necesario hacerse superior al peligro, si existe, á la opinion que uno impugna, á los hombres contra quienes lucha, á

todo ménos su conciencia y los venideros. Los pensamientos filosóficos nos colocan naturalmente en aquella elevacion en que la expresion de la verdad se hace tan fácil, en que la imágen, en que la palabra enérgica que pueden pintarla, se presentan fácilmente al espíritu animado con el mas puro fuego.

Esta elevacion no quita nada á la vivacidad de los afectos, á aquel ardor tan necesario á la elocuencia, á aquel ardor el cual solo le dá una energía irresistible, un carácter de dominacion que los hombres reconocen con frecuencia á pesar suyo, que ponen con frecuencia en duda, pero del que no pueden preservarse nunca.

Si suponemos un hombre al que la reflexion haya hecho insensible totalmente á los acaecimientos que le circundan, un genio semejante al de Epicteto; su estilo, si escribe, no será elocuente; pero cuando reina el espíritu filosófico en la clase ilustrada de la sociedad, se une á las pasiones mas vehementes; no es un resultado del trabajo de cada hombre sobre sí mismo; sino una

opinion establecida desde la niñez, una opinion que, mezclándose con todos los afectos naturales, engrandece las ideas sin entibiar las almas. Un cortísimo número de hombres se dedicaba, entre los antiguos, á aquella moral estoica que reprimia todos los impulsos del corazon; la filosofía de los modernos, aunque ella obra mas sobre el espíritu que sobre el genio, no es mas que un modo de considerar todos los objetos de la vida. Abrazándose este modo de ver por los hombres ilustrados, influye sobre la tintura general de las ideas, pero no triunfa de las afecciones; no logra destruir el amor, ambicion, ninguno de aquellos intereses instantáneos en que no cesa de ocuparse la imaginacion de los hombres, aun quando su razon está desengañada por ellos: pero esta filosofía meramente contemplativa imprime en la pintura de las pasiones un carácter de melancolía que da un nuevo grado de profundidad y elocuencia á su language.

Este afecto de melancolía al que cada siglo debe dar mas y mas progreso en el cora-

zon humano, puede grabar un grandísimo carácter en la elocuencia. El hombre mas ardiente para lo que desea, cuando está dotado de un ingenio raro, se siente superior á cualquiera fin que él persigue; y esta idea vaga y triste reviste las espresiones con unos visos que pueden ser importantes y sensibles juntamente.

Pero si las verdades morales consiguen en algun dia la demostracion, y si la lengua que debe espresarlas llega casi á la exactitud matemática, qué será de la elocuencia? Diminuyendo de otra fuente cuanto depende de la virtud, y teniendo otro principio que el raciocinio, la elocuencia reinará siempre en el imperio que ella debe poseer. No se ejercerá ya sobre cuanto tiene relacion con las ciencias políticas y metafísicas, sobre todas las abstractas de cualquiera naturaleza que ellas sean; pero no será con ello, sino que mas honrada; porque no será posible ya presentarla como peligrosa, si ella se reconcentra en su esfera natural, en el dominio de los afectos sobre nuestra alma.

Se establece, hace ya algun tiempo, un absurdo sistema con respecto á la elocuencia. Pasmado el hombre de todos los abusos que se hicieron de la palabra despues de la revolucion, declama contra la elocuencia; y se quiere preservarnos contra este peligro que ciertamente no es todavía inminente; y como si la nacion francesa estuviera condenada á recorrer incesantemente todo el circulo de las ideas falsas, á causa de que algunos hombres sostuviéron violenta y aun á menudo toscamente injustisimas causas, no se quiere ya que espíritus rectos invoquen los afectos en socorro de las ideas justas. Soy de dictámen, por el contrario, que podría sostenerse que cuanto es elocuente es verdadero; es decir, que en una defensa á favor de una mala causa, lo que es falso, es el raciocinio; pero que la elocuencia propiamente dicha se funda siempre en una verdad; es fácil estraviarse despues en la aplicacion, ó consecuencias de semejante verdad; pero el error consiste entónces en el raciocinio. Necesitando siempre del impulso del alma la

elocuencia, no se dirige mas que á los afectos de los hombres; y los afectos de la multitud están siempre á favor de la virtud. Acaeció con frecuencia seducir á un individuo, hablándole á solas, con motivos indecorosos; pero el hombre, en presencia de los hombres, no se rinde mas que á lo que él puede confesar sin avergonzarse.

El fanatismo de la religion ó de la politica hizo cometer horrendos excesos, removiendo las asambleas con sediciosas palabras; pero la falsedad del raciocinio, y no el impulso del alma, hacia funestas semejantes palabras.

Lo que es elocuente en el fanatismo de la religion, son los afectos que aconsejan el sacrificio de sí mismo por lo que es bien, por lo que puede agradar al ser benéfico, protector de este universo; pero lo que es falso, es el raciocinio que persuade que es bien asesinar á los que difieren de nuestras opiniones, y que una inteligencia de una virtud suprema exige semejantes atentados.

Lo que es verdadero en el fanatismo poli-

tico, es el amor de su pais, de la libertad, de la justicia, igual para todos los hombres, como para la providencia eterna; pero lo que es falso, es el raciocinio que justifica todos los delitos para llegar al fin que se cree útil.

Examinemos todas las materias de discusion entre los hombres, todos los discursos célebres que formaron parte de estas discusiones, y veremos que la elocuencia se fundaba siempre sobre lo que habia de verdadero en la cuestion, y que solo el raciocinio la desfigura; porque el afecto no puede errar en sí mismo, y las consecuencias que la argumentacion deduce del afecto son los únicos errores posibles. Estos errores subsistirán, mientras que la lengua de la lógica no se fije del modo mas positivo, y no se haga comprensible al mayor número.

Hay todavía, lo sé, muchos argumentos que podria tratarse de dirigir contra la elocuencia. Sin embargo sucede con ella como con cuantos bienes permite nuestra suerte: todos ellos tienen inconvenientes, los cuales solos se hacen resaltar, si el viento de la

faccion sopla hácia esta parte; pero qué don natural pareceria exento de males, entregándose por este estilo al exámen de las cosas? La imperfeccion humana deja siempre un lado indefenso; y la razon no tiene mas uso que el de decírnos por la mayoría de los beneficios contra tal ó cual objecion parcial.

El raciocinio, en sus formas didácticas, no basta para defender la libertad en todas las circunstancias; cuando hay necesidad de arrostrar contra un peligro de cualquiera especie para abrazar una generosa resolución, solamente la elocuencia es harto poderosa para dar el necesario impulso en los grandes riesgos. Un número escasísimo de genios realmente distinguidos podria decidirse en la paz del retiro por el único afecto de la virtud; pero cuando es necesario el valor para desempeñar una obligacion, los mas de los hombres, hasta los buenos, no se confían en sus propias fuerzas mas que cuando su alma está conmovida, ni olvidan sus intereses mas que cuando se halla agitada su sangre.

La elocuencia hace las veces de la música guerrera; precipita ella las almas contra los peligros. Las asambleas tienen entónces el valor y virtudes del hombre mas distinguido que haya en su seno. Unicamente con la elocuencia se hacen comunes las virtudes de uno solo á cuantos le rodean. Si se veda la elocuencia, se conduciria siempre una reunion de hombres por los afectos mas vulgares; porque semejantes afectos, en el estado habitual, son los del mayor número; y se debieron al talento de la palabra cuantas nobles é intrépidas resoluciones se abrazaron en todos tiempos por los hombres reunidos.

Si se prohibiera la elocuencia, se destruiria la gloria; es preciso que uno pueda abandonarse á la expresion del entusiasmo para engendrar este afecto en los otros; es menester que todo sea libre para que la alabanza lo sea, para que ella tenga aquel carácter que domina sobre la razon y los venideros.

Ultimamente, aun cuando se persistiera en tener por perjudicial la elocuencia, re-